

Solemnidad del nacimiento de Juan el Bautista

Queridos Hermanos,

Vale la pena preguntarse desde ahora *qué haremos en la eternidad*, porque una vez que hayamos muerto, entraremos en el evo-tiempo en el cual “mil años son como un día y un día como mil años”. Además el meditar en nuestra ocupación eterna nos servirá para emplear bien el tiempo que Dios nos da en esta corta vida y emplearlo de manera provechosa para nuestra eternidad. No vaya a ser cosa que nos desgastemos inútilmente con detrimento de la eternidad, algo así, “mutatis mutandis”, como si una persona perdiera el tiempo de su vida en andar en cosas insignificantes y fuera incapaz de hacer nada valioso en su existencia, por andar ocupada en minucias. Esto pensémoslo en términos de eternidad. Y caigamos en la cuenta que gran parte de la humanidad está desorientada en la finalidad de su vida y en la ocupación de su tiempo, de su existencia.

Lo verdaderamente importante para Dios es la Historia de Salvación. En esta Historia se nos revela + *Quién es Dios, + Qué piensa Dios, +Cuál es su voluntad para el mundo y para mí*, para mi vida presente y eterna. Estas son preguntas fundamentales en las cuales, durante nuestra oración, durante nuestros insomnios, durante los domingos, durante las vacaciones deberíamos meditar. Por eso, nada hay de más provecho para una persona que entrar en el plan divino, meditar en su Palabra, participar de su vida por los sacramentos y amarlo más y más hasta unirse a Él.

Esta Historia de Salvación comienza con la creación del mundo y terminará con la transformación del mismo mundo en Reino de Dios y de su Cristo, al fin de los tiempos, cuando, en la Segunda Venida, el Señor juzgue al mundo según sus obras.

La Solemnidad del nacimiento de San Juan Bautista nos pone de manifiesto una figura clave en esta Historia de Salvación, uno de los hombres más importantes en la historia del mundo, uno de los hombres más amados por Dios, un primo hermano de Jesús, el Precursor del Mesías, aquel de quien Jesús dijo, ni más ni menos que, “entre los nacidos de mujer no hay otro mayor que Juan el Bautista”.

A modo de hipótesis teológica se puede decir que San Juan Bautista, como todo hombre, nació con pecado original, pero, fue purificado del mismo, pues se estremeció de gozo en el seno de Isabel, al captar la cercanía de Jesús en el bendito vientre de la bendita María. La Iglesia nunca ha declarado esto con toda precisión teológica, ni lo hará nunca, pero esta fe es la que parece expresar al celebrar “el nacimiento” de San Juan Bautista, cosa que no hace con ningún otro santo. La Virgen fue quien, acercándose a él portadora de Jesús, le libró del pecado original antes de nacer. La Virgen María le acogió en sus brazos recién nacido. Es de suponer con gran certeza que la Sma. Virgen María es la madrina de Juan Bautista. Finalmente, se puede suponer que María y Juan Bautista son las dos únicas “personas” humanas que nacen sin pecado original. Esto es motivo de una primera reflexión.

En la Biblia, y por tanto para Dios, el nombre de una persona es fundamental, porque de algún modo dice el núcleo más profundo de la misma, su vocación y su misión. El nombre de Juan está compuesto por dos términos hebreos: YHWH o “Jeho-vav”, esto es el nombre de Dios, y, “Hanan”, que significa, misericordioso. Así el nombre de Juan se puede interpretar por la expresión: “Dios es misericordioso”. El Introito de la Misa nos revela la vocación del todo particular de San Juan Bautista recordándonos las palabras del profeta Isaías: “Yahveh me ha llamado desde el seno de mi madre, desde las entrañas maternas, Él ha pronunciado mi nombre. Ha hecho de mi boca una espada afilada, me ha abrigado a la sombra de su mano, ha hecho de mí una flecha acerada” (Is 49, 1-2). Por tanto, San Juan Bautista tiene, un nombre una vocación dada, una misión en todo lo cual se muestra a Dios como misericordioso. La vida de San Juan Bautista, su martirio por la verdad, si se entiende bien, es una elocuente manifestación de la misericordia del Corazón de Cristo. Esto también es

materia para una reflexión.

Saquemos algunas conclusiones para cada uno de nosotros de lo dicho anteriormente:

+ Así como ocurrió con San Juan Bautista, también Dios tiene en su Providencia, un plan personal para cada persona que existe en el mundo, para cada uno de los que nos encontramos aquí. Nosotros hemos sido “pensados por Dios”, creados por Dios, con una misión específica, se nos ha dado un nombre, y todo esto sin que nosotros tuviésemos uso de razón, sin usar para nada nuestra libertad. La diferencia está en que la gran mayoría de las personas esto no lo saben y nosotros, por gracia, sí. La dificultad de conocer la voluntad de Dios para nuestra vida puede proceder de no acabar de rendirnos incondicionalmente a esa voluntad divina, por falta de fe, por querer gobernar nosotros nuestra existencia, por un falso concepto de la libertad humana, por no creer en la bondad y la misericordia de Dios, aunque hablemos mucho de ella. Conocer este camino vocacional, es, podríamos decir, lo más importante de nuestra vida, para orientarla según el plan de Dios. Desconocerlo es andar errantes sin saber a dónde ir. Dice la Madre Teresa de Calcuta que no hay nada que dificulte más la vida de una persona que errar en su vocación.

+ Ese plan personal de Dios, cuando es encontrado, conlleva la gracia para aceptarlo con gozo, aunque eche por tierra todos mis proyectos. Y Dios también da la gracia de llevarlo adelante. Ahora sí tenemos nuestra vida trazada. Ahora sí encontramos el sentido de nuestra existencia.

+ Para nosotros en la Schola Veritatis el desierto físico y espiritual tiene un lugar preponderante. Sin el paso por el despojamiento y la purificación del desierto, se hace muy difícil acabar de comenzar a volar por los caminos de Dios. El amor por la soledad y el silencio, la vida solitaria, nos conduce a las praderas fértiles de la contemplación, desde donde sacamos fuerzas para llevar adelante la misión que a cada uno el Señor le ha encomendado. Se trata de la vocación de nuestra comunidad: dar testimonio de la verdad en la vida contemplativa monástica, en el desierto, en el corazón de la Iglesia.

+ Encontrada la vocación, purificados de nuestros vicios y pecados, formados con la síntesis grandiosa de la fe católica, explicitada por sus grandes doctores, como Santo Tomás, ya podremos abocarnos a la finalidad de nuestra vocación *como miembros de Schola Veritatis*: dar testimonio de la verdad.

Pidámosle a San Juan Bautista que interceda por nosotros de manera de llegar a tan alto fin. Amén.